

ces mezclaban cal en la harina que les vendían, y en fin no hubo superchería ni maldad que no usasen con ellos. No se avergonzó Manuel de hacer acuñar moneda de liga baja para el comercio de los cruzados con sus súbditos.

Cuando á pesar de tantas traiciones, la mayor parte premeditadas, el emperador Conrado, que era el primero que habia salido, llegó á Constantinopla, el pérfido griego no se manifestó turbado: los dos eran cuñados, como casados con dos hermanas hijas de Berenguer, conde de Luxemburgo, y Manuel llenó á Conrado de caricias, le hizo regalos magníficos, manifestó tomar grande interés en el éxito de su empresa, y le ofreció guías para conducirlo por caminos desconocidos á Iconio, donde los turcos, decia, no le esperaban. Estos guías le hicieron tomar víveres para solos ocho dias, prometiéndole ponerle antes de este término en lugar abundante de todo; pero le llevaron á montañas desiertas donde abandonaron el ejército sin provisiones, y espuesto á continuas escaramuzas con los bárbaros que acercándose solo á tiro de ballesta, les disparaban desde la cima de las rocas y los consumían insensiblemente sin correr riesgo alguno. La lanza, el sable, el hacha de armas y toda la valentía de los alemanes armados de todas armas, fué inútil contra enemigos á quienes no se podia alcanzar. Fué necesario retirarse hácia Nicea; pero habia diez ó doce dias de camino, y así cuando Conrado ya lo consiguió á fines de noviembre, su ejército arruinado por continuos ataques, y mas todavía por el hambre y la fatiga, se encontró reducido á menos de veinte mil hombres sin equipages y casi sin armas.

Los franceses experimentaron en Grecia las mismas perfidias que los alemanes; no obstante, parece que al llegar á Constantinopla se les tuvo algun mas miramiento, y

que el emperador trató de ganarse la benevolencia de su monarca. Algunas personas respetables habian aconsejado á Luis que se hiciese dueño de Constantinopla, como podia fácilmente hacerlo; pero él quiso mas arriesgarlo todo que convertir contra los cristianos las armas que se habia obligado á conducir contra sus enemigos. Pasó, pues, felizmente el Helesponto, y marchó derechamente á Nicea, donde animó lo mejor que pudo al rey de Germania; pero Conrado, avergonzado del estado á que se veia reducido, tomó el partido de volverse á Constantinopla á pasar el invierno. No se quejó de las maldades que no estaba en estado de vengar, y su cuñado que ya no le temia, volvió á aparentar toda la cordialidad que convenia á sus lazos recíprocos. El rey Luis continuó su marcha, y forzó el paso difícil de Meandro á pesar de las tropas innumerables de los turcos sobre quienes logró considerables ventajas; pero luego, habiéndose dejado cortar su ejército, perdió su retaguardia que era numerosa: apresuró no obstante su marcha, y despues de muchos dias de imponderables fatigas y casi sin víveres, llegó á la ciudad de Atalia que pertenecia á los griegos. El viage por tierra era todavía largo y por un pais enteramente enemigo, y así se resolvió á terminarle por mar; pero como no se encontraban bastantes navíos, no pudo embarcar consigo mas que la parte de ejército mas embarazosa para la marcha, y el resto fué precisado á continuar á todo riesgo por tierra bajo el mando del conde de Flandes que apenas pudo salvar una mitad.

Raimundo, príncipe de Antioquia, hizo todos sus esfuerzos para que el rey le ayudase á tomar á Alepo; pero Luis, observador puntual de su voto, quiso ir en derecha á visitar el Santo Sepulcro y se dió prisa á llegar á Jerusalem. Su marcha por tierra en medio de tantos obstáculos y peligros

se retardó tanto, que Conrado, despues de haber pasado el rigor del invierno en Constantinopla, llegó por mar á Palestina algunos dias antes que los franceses. Inmediatamente se tuvo una asamblea de príncipes y señores, tanto de Europa como del Asia, para concertar las operaciones de la campaña, y quedó resuelto el sitio de Damasco, y asignado el punto de reunion en Tiberiades para el 25 de mayo (1148).

Damasco fué efectivamente atacada y estrechada tan vivamente, que los sitiados no pensaban mas que en los medios de escaparse de la plaza, cuando algunos señores cristianos que habian nacido en Siria despues de la última cruzada, y degenerado de la grandeza de alma de sus padres, se dejaron corromper por dinero, é hicieron creer que siendo del pais debian conocer mejor que los extranjeros que el ataque debia darse por cierto lado, que era el mas fuerte; y así despues de algunos dias en que se sufrió mucho, fué necesario levantar el sitio. El rey Conrado, indignado de la traicion que por último llegó á conocer, se embarcó inmediatamente para volverse á Alemania. El rey Luis pasó el resto de la campaña y el invierno en Siria; pero á la primavera del año siguiente (1149) se volvió también á Europa. Así el rey de Jerusalem Balduino III, de edad de diez y nueve años nada mas, despues de haber concebido tan grandes esperanzas, quedó sin recurso alguno á merced de los infieles, los cuales espectadores de los vanos esfuerzos de los mas poderosos príncipes del Occidente, no pusieron ya límites algunos á su arrogancia.

El año en que el rey Luis salió para Tierra Santa y aun antes de su partida, el Papa Eugenio pasó á Francia en donde las turbulencias de Italia le habian obligado, á ejemplo de sus predecesores, á buscar un asilo; celebró un concilio en Paris, que empezó en la fiesta de Pascua 20 de abril de

1147, y en él se examinaron los errores de Gilberto de la Poirée, obispo de Poitiers. Este prelado, natural del mismo Poitiers, habia pasado toda su vida en estudiar la filosofía de su tiempo; y como muchos espiritus ligeros del mismo siglo, habia dado en los extravíos á que los estudios, siempre superficiales en la época de su renovacion, suelen conducir comunmente á los arrogantes y presumidos. Quiso profundizar nuestros principales misterios, y entre otros absurdos escandalosos llegó á decir que la esencia y los atributos divinos no son Dios: que las propiedades de las Personas de la Trinidad no son las Personas mismas; y en fin, que la naturaleza divina no ha encarnado. Se disputó vivamente de una parte y otra en el concilio de Paris, sin sacar otra ventaja que la de conocer el miserable juego de ingenio del dogmatizante, y manifestar que hacia uso de aquella novedad profana de espresiones que reprueba el Apóstol. Por tanto el Papa, no viendo que la materia estuviese suficientemente aclarada, remitió el juicio á otro concilio que debia celebrarse en Reims en la Cuaresma del año siguiente.

Antes de este tiempo envió el Papa á Tolosa, en calidad de legado, á Alberico, obispo de Ostia. Mucho mas atrevidos que el filósofo ininteligible que se perdía en la oscuridad de sus vacías ideas, los discípulos de Pedro de Bruis, los henricianos, los renuevos del maniqueismo diversificados de mil modos, trastornaban el culto y las ceremonias mas santas, arruinaban todos los lazos de la sociedad, corrompian las costumbres y aniquilaban la fé en una gran parte de las provincias meridionales de la Francia. Pedro de Bruis, despues de veinte y cinco años de predicaciones impías y de atentados sacrilegos, víctima en fin de la indignacion de los pueblos, habia sido precipitado en las llamas en que se disponia á quemar un gran



monton de cruces que había derribado. Su suerte no asustó á Enrique, italiano de nacimiento, monge fugitivo y disoluto, que infestaba principalmente el pais de Tolosa. El legado Alberico, que había sido monge de Cluny (1), quiso ir acompañado de Geofredo de Chartres, y con especialidad de San Bernardo, á una legacion que exigia otras cualidades que los talentos humanos, y que asustó por el pronto al mismo San Bernardo hasta hacerle dar algunas señales de desaliento.

Dios lo permitió así para reservarse la gloria del éxito. Todo el imperio que había tenido Bernardo sobre las enfermedades y la naturaleza cuando predicaba la cruzada, se le dió de nuevo el Todopoderoso contra los corruptores de la doctrina y de las costumbres cristianas. Seria interminable referir todos los prodigios que obró en el curso de esta legacion. La vivacidad de su fé y de su confianza llegó hasta tal punto, que se sobresaltó la prudencia de los prelados á quienes acompañaba. Antes de llegar al término de su mision, los habitantes de Sarlat en Perigord vinieron á presentarle panes para que los bendijese, y el Santo, accediendo inmediatamente á sus ruegos, les dijo: «Por aqui distinguireis de las impiedades heréticas la verdad que os anunciamos; dad á comer este pan á vuestros enfermos, y quedarán curados.»—«Quedarán curados, añadió Geofredo, si lo comen con fé viva.»—«No es eso solo lo que yo prometo, replicó Bernardo, enténdaseme; todos en general los que coman de este pan quedarán curados para que no duden de que somos enviados de Dios y que les anunciamos la verdad.» El efecto correspondió de tal modo á la promesa, que á su vuelta el Santo no se atrevió á pasar por el mismo

(1) Bern. Epist. 211.

pais de miedo de ser atropellado por la multitud (1).

En Tolosa un canónigo regular de San Sernin, aunque muy célebre por su habilidad en la medicina, se hallaba reducido al último apuro por una parálisis que hacia siete meses le estaba aniquilando. De dia en dia esperaba la muerte, cuando llegó el Santo á quien se hizo llevar con mucho trabajo por seis hombres, y haciendo su confesion le suplicó que le curase. El Santo le echó su bendicion, y saliéndose de la sala habló á Dios con esta santa familiaridad: «Bien veis, Señor, que son necesarios milagros para este pueblo: sin esto no haremos nada.» Al instante el paráltico se levantó, dirigióse á su bienhechor, y echándose á sus pies le abrazaba los pies sin quererlos soltar. A la voz de este suceso acudió toda la ciudad, y el legado y el obispo los primeros, y fueron á la iglesia cantando el *Te Deum* con el paráltico que iba delante andando por su pie. Este no quiso volver á dejar á San Bernardo, se fué con él á Claraval, donde se hizo monge y en lo sucesivo llegó á ser abad de Valdeagua (2).

En la ciudad de Albi hizo otro milagro de un orden muy diferente, pero que el obispo Geofredo tiene por el mayor de todos (3). Esta ciudad, de la cual los nuevos maniqueos tomaron su nombre en lo sucesivo, era ya la mas inficionada de aquella herejía en toda la provincia. A la llegada del legado los habitantes salieron á recibirle montados por irrision en asnos y con tambores: no obstante, San Bernardo fué recibido dos dias despues con muchas señales de respeto y afecto. Al dia siguiente, que era la fiesta de San Pedro, predicó un sermón á que asistió tan gran multitud que no

(1) Epist. Gaufréd. Vit. Bern. lib. 6, cap. 6.

(2) Id. Ibid. num. 5.

(3) Ibid. num. 4.

cabía en la iglesia, aunque era espaciosa. El santo predicador recorrió todos los artículos de sus errores, y despues todos los puntos de la fé católica que les eran opuestos; y por último les dijo que escogiesen. Jamás quizá se ha visto una mudanza tan milagrosa como la que entonces se vió en los corazones: todos esclamaron á un mismo tiempo que detestaban la herejía, y que volvian con júbilo á la creencia católica. «Sepamos, pues, replicó Bernardo, quienes son los que se arrepienten con sinceridad, y para que los conozcamos levanten las manos al cielo:» todos sin escepcion levantaron la mano derecha, y tal fué el fruto del primer sermón.

San Bernardo llevó con mas empeño la luz á los lugares en que la seducción había hecho mas estragos: persiguió al seductor de lugar en lugar; á aquel soberbio Enrique que mudado de repente no se atrevió á permanecer en Tolosa, y huyó de allí igualmente que de todos los lugares donde Bernardo le seguia las huellas. Hubiera sido necesario que el Santo hiciese mas larga mansion en aquel pais á fin de esterminar de él hasta las últimas semillas del error; pero la decadencia de su salud y el sobresalto que sus hijos le manifestaban sin cesar en sus cartas, le obligaron á volver á Claraval. No obstante, despues de su partida fué perseguido Enrique con tanta perseverancia y tan cuidadosamente buscado, que por último se le cogió, y fué cargado de cadenas y conducido al obispo, el cual le hizo encerrar en una estrecha prision donde acabó sus dias.

Mientras llegaba el dia señalado para la apertura del Concilio de Reims, el Pontífice que en Chalons y Verdun había hecho la dedicacion de las dos catedrales, se dirigió á Tréveris á fines de este año 1147, acompañado de diez y ocho cardenales y un gran número de obispos y abades, todos á espensas del

arzobispo Adalberon que había invitado al Papa á que fuese á su diócesis de Tréveris. Enrique, llamado el Feliz, arzobispo de Maguncia, se aprovechó de esta ocasion para ir á consultar al Papa sobre la revelacion de una religiosa llamada Hildegarda, que tenia grande reputacion de santidad (1148). Retirada desde la edad de diez y ocho años en el monasterio de San Disibodo en el condado de Spanheim, donde había procurado aprender solamente á conservar su inocencia y practicar las virtudes modestas de su estado, no sabia mas que leer en el breviario (1). A la edad de cuarenta años recibió repentinamente una profunda inteligencia de los libros sagrados, y otros favores tan extraordinarios, que los hombres mas versados en la direccion de las almas temieron una ilusion y juzgaron que este acontecimiento debía ser referido al Sumo Pontífice. Este diputó á Alberon, obispo de Verdun, y á otros sábios experimentados para preguntar á Hildegarda sin ruido y sin estrépito. Ella respondió con mucha sencillez. Despues que el obispo hizo relacion de lo ocurrido, el Papa mandó que le llevasen tambien algunos escritos que ella había compuesto por orden de su confesor, los cuales leyó él mismo en presencia de los cardenales y de todo el clero, esponiendo además lo que le habían referido sus comisionados; y todos los asistentes bendijeron por ello al Señor. San Bernardo, que estaba presente, contó tambien lo que sabia de aquella santa muger á quien había oido alguna vez con admiracion. El Papa creyó que era glorioso á la Iglesia publicar esta maravilla; escribió á Hildegarda y la autorizó para establecerse como deseaba en el monte de San Ruperto á cuatro leguas de Maguncia, como en efecto lo ejecutó con diez y ocho doncellas nobles que había

(1) Vit. Stac. Hildeg. ap. Sur. 17 Septembr.



atraído con su reputacion, y ella fué la primera abadesa de este nuevo monasterio. Sus virtudes y sus milagros la han hecho poner en el número de los Santos.

El Concilio de Reims se tuvo en el día señalado, 21 de marzo (1); y á él asistieron además de los prelados franceses y alemanes, algunos de Inglaterra y España. Raimundo, arzobispo de Toledo, se quejó de parte de su rey de que en perjuicio de la corona de Castilla habia el Papa Eugenio concedido el título de rey de Portugal á Alfonso Enriquez, ó hijo de Enrique, de la casa de Borgoña, mediante un tributo anual de cuatro libras de oro. Desde la creacion del nuevo reino, el arzobispo de Braga y sus sufragáneos no querian reconocer la primacia de Toledo, y Eugenio mandó que estos prelados continuasen obedeciendo al arzobispo de Toledo como á su primado: pronunció tambien la suspension contra el de Braga si en el término de tres meses no se sometia, y escribió al rey de Castilla diciéndole que jamás habia pretendido perjudicar en nada á la dignidad ni á los derechos de su corona, prometiéndole tambien ausiliar poderosamente sus empresas contra los infieles. El arzobispo de Braga se sometió á estas órdenes; pero esto no impidió que el de Tarragona empezase por el mismo tiempo á desconocer la primacia de Toledo bajo el mismo pretexto de diversidad de reino, porque Raimundo Berenguer, conde de Barcelona, se habia hecho rey de Aragon. El Papa intimó tambien á este prelado llamado Bernardo, presente en el concilio, que reconociese como antes al arzobispo de Toledo por superior suyo; pero Bernardo obtuvo esperas para tomar consejo. Entre las cartas de Eugenio se encuentran dos dirigidas á Bernardo en las cuales le recomienda tenga por primado al arzobispo de Toledo; y hay además otra

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 1107.

dirigida simplemente al *arzobispo de Tarragona, legado de la Santa Sede*, en la que el Papa le hace la misma recomendacion (a). Ahora bien, parece increíble que un legado se haya negado á dar ejemplo de sumision á la Silla Apostólica (1).

El objeto del concilio de Reims era contener el desórden de las costumbres y las novedades impías de los sectarios; y así pronunció el anatema contra cualquiera que diese la menor proteccion á los nuevos maniqueos ó les dejase siquiera morar en su casa cuando fuesen de viage. Tambien juzgó las causas de Eon de la Estrella y Gilberto de la Poirée que estaban ya bien aclaradas. La aproximacion de estos dos novadores, uno tan ignorante que rayaba en imbécil, y otro tan sutil que sus ideas eran quiméricas, formaba un contraste singular. A Eon de la Estrella, hidalgo breton, buen cristiano al principio y muy concurrente á su parroquia, le hizo cierta impresion la

(a) En la coleccion de concilios del Emmo. señor cardenal Aguirre puede verse por estenso toda la correspondencia del Papa Eugenio III con los príncipes y obispos de España acerca especialmente del primado de Toledo; tambien la pone, aunque algunas cartas en extracto, el P. Villanúño. Doce fueron las cartas que escribió sobre este asunto aquel Sumo Pontífice, y en ellas manda espresamente reconocer los derechos del arzobispo de Toledo y su primacia sobre todas las iglesias de España. Ya antes habian mandado lo mismo Lucio II y Calisto II, y despues de Eugenio, lo confirmaron Anastasio IV y Adriano IV. Añadiremos tambien que en la carta del Papa Eugenio III al rey de España Alfonso le anuncia además que retenia á su lado al obispo de Coria por la pobreza en que este se encontraba y no poder ejercer su ministerio en su diócesis, y al mismo tiempo dice al monarca español que por conducto del obispo de Segovia le enviaba la rosa de oro que en señal de la Pasion y Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo acostumbra llevar todos los años el Papa en la Dominica *Laetare*, y dice se la envia en testimonio de su benevolencia para con él y á fin de que escitado por el recuerdo de esa rosa procure completar en su cuerpo con el auxilio de Dios lo que faltara de los padecimientos de Cristo y mediante los auxilios y consuelos de la divina clemencia llegar á la gloria de la Resurreccion. En la carta al clero y pueblo de Toledo manda Eugenio III que los mozarabes obedezcan al arzobispo de esta ciudad y no sigan diferentes ritos. Aguirre, tom. 3, pág. 352 y siguientes; Villanúño, t. 1. (N. del E.)

(1) Labb. t. 10, p. 1108.

palabra *eum* que oía repetir continuamente, (*per eum qui venturus est, etc.*) y que entonces se pronunciaba absolutamente como su nombre propio; y se le puso en la cabeza que era á él mismo á quien se nombraba é invocaba, que vendria á juzgar á los vivos y á los muertos, que era el Hijo de Dios y Señor de todas las cosas. Mas lo que debe admirar aquí no es tanto la singularidad de este delirio, como la secta bastante numerosa á que dió origen. Pero ¿quién puede ignorar que aunque no hay absurdo que no pueda hacer partido, tampoco hay partido por numeroso que sea que pueda justificar ni el absurdo á los ojos del buen juicio, ni la impiedad, ni aun la novedad á los de la fé? Eon fué presentado al concilio y sufrió un interrogatorio á que no contestó mas que con impertinencias: juzgado mas por insensato que por herege, fué puesto en una prision, donde murió poco despues (1).

Con mas seriedad se trató el asunto de Gilberto de la Poirée; pero nada se adelantó por el raciocinio con este sofista el mas elocuente y refinado de su siglo, y así fué necesario venir á la confesion de la fé de nuestros misterios en su santa sencillez. Para ello se hizo un símbolo directamente opuesto á las vanas especulaciones de Gilberto, y se le preguntó si creia su contenido. Viendo que su indocilidad no podia ya libertarse de una pronta condenacion, respondió á los Padres: «Si vosotros creéis y habláis de otro modo que yo hasta ahora lo he hecho, quiero creer y hablar lo mismo que vosotros.» En consecuencia de esta declaracion, condenó el Papa las aserciones de Gilberto sin pronunciar cosa alguna contra su persona. Hubo tanto mayor motivo para contar con su sinceridad, cuanto que su doctrina no encontró defensores y bien pronto se

(1) Othon. Frid. cap. 44 et 43.

disipó por sí misma. Murió seis años despues en la comunión de la Iglesia.

Este Concilio hizo tambien muchos cánones, la mayor parte renovados, segun costumbre, de los Concilios precedentes, y así solo dos merecen ser referidos por tener algo de originales. El décimo prohíbe poner en las iglesias sacerdotes mercenarios por comision. Se quiere que cada una tenga su sacerdote propio, á quien se asigne la conveniente subsistencia de los bienes de la Iglesia, y que no pueda ser destituido sino por el juicio canónico del obispo ó del arcediano. No puede presentarse un monumento mas auténtico de los curas titulares. El décimo-tercero declara sacrilego y excomulgado á cualquiera que ponga violentamente las manos en un clérigo ó monje. Esta excomunion quedó desde entonces reservada al Papa, con prohibicion á todo obispo de absolver de ella, á no ser en el artículo de la muerte.

Despues del Concilio de Reims, el Papa Eugenio, que se disponia á volver á Italia, no quiso dejar la Francia sin visitar sus antiguos hermanos de Claraval, á quienes llenó de edificacion con todas las virtudes religiosas que habia sabido hacer compatibles con las virtudes pontificales. Llevaba sobre la carne una túnica de lana sin sarga, y no se quitaba la cogulla ni de día ni de noche: por honrar su dignidad permitia que se le llevasen almohadones ricamente bordados y que fuese cubierta con púrpura su cama; pero ésta no era mas que de paja y las ropas de lana. Una tierna piedad, que muchas veces se descubria á su pesar con lágrimas y suspiros, animaba sus conversaciones con los monges. Su franqueza y su tierna familiaridad no les dejaban ver en él mas que un hermano, haciendo desaparecer el Pontífice.

Para manifestarles toda la estension de esta caridad y cordialidad verdaderamente